

buscar á los rebeldes." — Despues de estas arrogantes palabras, no quedaba otro recurso que combatir. Los soldados españoles emplearon la noche del 20 en confesarse: al dia siguiente acamparon á tres leguas del real de los sublevados.

El 22 de febrero (1609) se verificó el primer encuentro entre los exploradores de las tropas militantes, saliendo derrotados los cimarrones, que se internaron á los bosques gritando: *¡Españoles en la tierra, españoles!*

Herrera aprovechó el desórden en que entraron los insurrectos, estableció su campo á la vista del de los insurgentes, fortificándole con una palizada á orillas del Rio-Blanco. En seguida reunió á sus capitanes y les pidió consejo: por unanimidad se acordó dar al siguiente dia una batalla decisiva.

He aquí en qué términos da cuenta el P.

Juan Laurencio, testigo ocular, de esta campaña en que se distinguieron los orizabeños.

“Había bastante motivo de temer que en la ordinaria senda de la subida pusiesen alguna emboscada, ó por algun otro camino la impidiesen; y así se pasó todo el dia en buscar algun camino mas secreto y mas seguro. No hallándose, se resolvió el asalto para el dia siguiente. Habiéndose confesado desde las tres de la mañana toda la gente que faltaba, marchó el ejército en tres trozos. El uno de los indios flecheros, que fuera de sus armas servian tambien de gastadores para ir con hachas y machetes abriendo el camino, la otra de los arcabuceros y tropa reglada que guiaba por sí mismo el capitan; otra de los aventureros y demás gente advenediza que comandaba un alférez sobrino de D. Pedro Gonzalez. Por el camino se hizo á los enemigos bastante daño, talando algunas sementeras de maiz, de tabaco y calabazas que por allí tenían. Llegando al pié de la Sierra avanzaron al-

gunos soldados recelosos de alguna emboscada. Se vió cuán prudente era su temor, porque llegando á su puesto, un perrillo que acompañaba la marcha sintió á los negros emboscados y avisó con el ladrido á su amo. El capitán, marchando sobre este aviso llegó á un sitio que tenia á su frente unas grandes peñas tajadas que por lo alto coronaba una ceja á modo de muralla, tras de la cual se encubria mucha gente, esperando que nuestros soldados se empeñaran mas en la subida. Mas adelante, en el mismo camino, habian hecho una rosa de troncos, bejucos y maleza con que se embrazasen en el asalto. Aunque se conoció la estratagemá no pudo encontrarse mejor camino, y hubieron de avanzar por aquella misma parte. Cuando el capitán y toda la tropa estuvo á tiro, comenzaron á disparar con flechas, con piedras y con troncos, de tal manera, que pareció milagro haber quedado algunos con vida. Sobre el capitán D. Pedro Gonzalez arrojaron á plomo un peñasco que evitó con poca declinacion del cuerpo; pero apenas volvió para animar su

gente que desmayaba, cuando otra grande losa, raspándole por las espaldas lo llevó de encuentro cuesta abajo, hiriendo malamente al page de armas que lo acompañaba. A las voces de un esclavo suyo se creyó que habia muerto; pero él, aunque con mucha pena, procuró levantarse y animar á los suyos, diciendo en alta voz: vivo estoy y sano, gracias al Señor, ¡valor compañeros! De los dos padres que llevando consigo el Santo Cristo y los Santos Oleos seguian al ejército, al uno dió una piedra en la mejilla, al otro, que fué el padre Juan Laurencio, lastimó ligeramente otra, y mas una flecha que le penetró no poco en una pierna de que tuvo que padecer muchos dias. Apesar de tan vigorosa resistencia que sostuvo el capitán con la primer columna, llegando despues la retaguardia con otro grande trozo de indios flecheros, los enemigos hubieron de desamparar la emboscada y retirarse con precipitacion á su campo, distante aun media legua de aquel sitio. En este corto tramo crecia á cada paso la dificultad con los nuevos reparos

que habian hecho en todo aquel camino. Para estrecharlo mas habian impedido con grandes troncos, cortaduras y peñascos, el uno y otro lado, no dejando sino una senda angosta, y eso con algunas puertas de trecho en trecho amarradas con fuertes bejucos que no pudieron vencerse sin grande dificultad, y que hubieran costado mucha sangre, si los emboscados hubieran tenido el valor de defender alguno de aquellos pasos, y no hubieran procurado salvarse tan aprisa.

Despues de esta derrota, ya con seguridad de parte de los enemigos, y vencido lo mas áspero, estrecho y peligroso del camino, se marchó con fiadamente al real de los Negros. El Yanga, que por su edad no estaba ya capaz de las fatigas militares, se habia quedado en el pueblo y recogídose con las negras é indias cautivas á una pequeña iglesia que tenian, donde con candelas encendidas en las manos y unas flechas, hincadas delante del altar, persevera-

ban en oracion mientras duraba la pelea, que al fin, aunque facinerosos y perversos, obraba en ellos aun el amor y la veneracion á las cosas sagradas. Mientras practicaban sus devociones llegó un aviso al Yanga que en el avance del peñol habian sido derrotados los españoles con muerte del capitan y muchos de los suyos. Breve tuvo el pesar de desengañarse con la noticia, y aun con la presencia de los fugitivos que pusieron en consternacion todo aquel pueblo. El Yanga los detuvo para que con sus mugeres é hijos no tomasen luego la fuga. Deciales que aun vencido el peñol tardarian tres dias para vencer las dificultades de aquel corto camino. Apenas habia pronunciado estas palabras cuando oyó la algazara de los indios amigos y la vocería de soldados que estaban ya sobre el pueblo. Desampararonle luego con prisa y huyeron á los bosques vecinos, dejando la ropa, las armas, y aun la cena que tenian prevenida para aquella noche. Entrando los nuestros en el pueblo nos encaminamos luego á la iglesia, persuadidos todos á que el haberse

puesto bien con Dios por medio de los santos Sacramentos habia sido causa de la victoria. La entrada fué cerca de la noche. No se hizo poco en curar los muchos heridos y procurar algun refresco á tantas gentes fatigadas. Se prendió fuego á mas de sesenta casas, reservandose la iglesia y algunos otros edificios para que sirviesen de cuarteles. En medio de la poblacion estaba un árbol muy alto y en su copa una á modo de Pavia desde donde se descubria mucha tierra y les servia de atalaya. Nueve meses habia solamente que ocupaban este puesto y se veian ya plantados muchos plátanos y otros árboles frutales, muchas sementeras de maíz, de frijol, de tabaco, de batatas, algodon y otras legumbres, mucha abundancia de gallinas, gran número de ganado, y algunos telares en que trabajaban las mugeres mientras que los hombres la mitad se empleaba en la labor del campo, y la otra mitad estaba destinada á la profesion de las armas. Los despojos que se hallaron en el pueblo fueron considerables en ropa, espadas, mucho

maíz y otras provisiones de boca, algunos fusiles y no poca moneda.

“El piadoso capitán, convidándolos con la paz, hizo levantar en un lugar eminente una bandera blanca; pero viendo que permanecian en su obstinacion determinó seguir el alcance, dejando alguna guarnicion en aquel puesto ventajoso. Alcanzó una cuadrilla de los alzados con quien hubo un pequeño choque con pérdida de algunos españoles, y mas de los negros, á quienes faltó en este lance uno de los mas bravos oficiales, que atravesado de muchos balazos, vino á caer de lo alto de la cuesta, y por mas prisa que me dí para ayudar á esta alma, cuando llegué ya habia espirado. Volvió el capitán á levantar bandera blanca, dejando una cédula firmada en que les concedia perdon general. Aquí se supo como el Yanga iba con su gente hácia otra ranchería donde ántes tenian su habitacion, y que estaba muriendo en el monte uno de sus principales caudillos á quien él habia hecho

maestre de campo. Marcharon los españoles al primer puesto que habían ganado de los negros, desde donde obró, talándoles los campos y fatigándolos con correrías continuas en que salían siempre con ventajas. Los padres en este intervalo nos empleábamos en hacer una misión que fué muy provechosa. Los soldados se acomodaban fácilmente á los ejercicios de piedad, y gustaban de ellos, viendo que se pretendía su bien y se les trataba con suavidad y con amor, y las cabezas eran los primeros en acudir á tan santas obras.”

Perseguidos así los sublevados, pronto solicitaron y obtuvieron el perdón del virey; ofreciendo establecerse y destruir á los esclavos prófugos.— Así se fundó el pueblo de San Lorenzo, en donde se establecieron los capitulados, dependiendo en lo espiritual del curato de San Juan de la Punta.

No fué bastante esto para sujetar á los

disidentes y en 1618 todavía se presentaban algunas partidas de ellos que traían inquietas estas comarcas. A fin de cortar el mal se pensó en crear otra población, para su completa sumisión: de aquí nació la idea de fundar á Córdoba (1618).— Unos vecinos de Huatusco se encargaron de pedir la licencia para esta fundación, alegando “que los parajes que desde entonces ahun tienen la nomenclatura de *Totutla*, *Palmilla*, *Tumba-carretas* y *Tototinga* estaban infestados con distintas tropas de negros cimarrones, que sin temor de Dios con insultos gravísimos hostilizaban este desierto territorio y sus pueblos circunvecinos.... Que armados, y con temeraria osadía se presentaban á todos los pasajeros, causando en ellos atroces homicidios, por quitarles sus vestiduras, y demás bienes, que cargaban consigo. Que llegaba á tanto el ánimo de sus depravadas intenciones, que formados en escuadras assaltaban los carros, y las recuas, en donde para el despacho de las flotas, se conducían la Real Ha-

cienda de S. M., y los intereses de varios particulares.”¹

Estos y no otros, fueron los motivos que dieron por resultado la creacion de la antes villa y hoy ciudad de Córdoba, que no tardó mucho en alcanzar mayor incremento, favorecida por su clima, muy propio para el cultivo de frutos de crecida estimacion en nuestros mercados, aunque antes pasó por las necesidades de que no escapan las poblaciones de novísima creacion.

¹ *Cartilla Histórica de Córdoba*, escrita por el “Dr. D. Joseph Antonio Rodriguez y Valero.” Edicion de 1768.

me ven

VII.

Fundacion del Hospital de San Juan de Dios y de la Iglesia.— Su descripcion por un contemporáneo.— El vecindario auxilia con un donativo pecuniario al Rey.— Primer título de Villa.— Es reedificada la capilla del Calvario.— Los jesuitas predicán en el valle de Orizaba.— Destruyen en Maltraa un ídolo.— La *Monja Alferez*.— Carácter de esta célebre mujer.— Su muerte.— Exequias que le hacen el clero y el vecindario de Orizaba.

Coincidió la fundacion de la Villa de Córdoba¹ con los aumentos de nuestro pueblo, para dar á éste mayores aumentos. En efecto, humilde pueblo como era Orizaba, contando mayor antigüedad, tenia en su abono mayores recursos tambien. — De es-

¹ “Quedó en una mañana comenzada toda la disposicion de la Villa, reservando para otra el repartimiento de los sitios de tierra consignados á los fundadores. Por esso regulo este dia por el primero de su fundacion, y fué el mencionado 26 de Abril del año de 1618, gobernando este dilatado Imperio, en el nombre del Rey Philipe III, Don Diego Fernandez de Córdoba.— Honró este príncipe á esta poblacion española, dando por nomenclatura su nobilísimo apellido de *Córdoba*, etc.” *Cartilla Histórica* citarla.